



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura



Programa de Acción Mundial de la UNESCO
sobre la Educación para el Desarrollo Sostenible



Ejemplos de éxito

Japón: Se necesita una (pequeña) aldea

De Catherine Nolan, Julie Saito y Mary de Sousa



Overlook of Omori-cho in Iwami-Ginzan ©Gungendo

El Japón, uno de los países más modernos y prósperos del mundo, debe su crecimiento reciente al dominio de los procesos del siglo XX: industrialización, urbanización y mundialización. Pero hoy, ante los retos del siglo XXI, este país examina vías alternativas a la prosperidad, basadas en valores diferentes, y de paso está redescubriendo sus raíces y los valores de su propio pasado.

Golpeados por desastres recientes –la crisis financiera de 2008 y el devastador terremoto de 2011– los japoneses, en particular las generaciones más jóvenes, se preguntan ahora por el sentido del éxito material, la calidad de vida y el perfil de su futuro. Las respuestas que van hallando se fundamentan en la acción comunitaria y la sostenibilidad.

Estas ideas llegan a tiempo. Y no se trata de una coincidencia si esas ideas son también elementos esenciales de la hoja de ruta de la UNESCO para la aplicación de su Programa de Acción Mundial sobre Educación para el Desarrollo Sostenible, que hace hincapié en la función de la sociedad civil en tanto que vector crítico del desarrollo sostenible.

La aldea de Omori-cho, de apenas 400 habitantes, se encuentra en la vanguardia de este nuevo movimiento en pro de la sostenibilidad. Situada en el suroeste de la isla de Honshu, cerca del Mar de Japón, en la Prefectura de Shimana, Omori-cho forma parte de la región de las minas de plata de

Iwami-Ginzan, que figura en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO desde 2007, debido a su éxito en preservar las antiguas estructuras de madera usando competencias y materiales tradicionales. Desde el cierre de las minas, en 1923, Omori-cho había venido muriendo lentamente. Ahora, la llegada de un grupo de jóvenes, la mayoría de los cuales se mudaron allí después del terremoto, ha traído un nuevo soplo de vida.



Street in Omori-cho ©Gungendo

“Nosotros, los recién llegados, vimos cómo la catástrofe nos obligaba a replantearnos la vida. Nos enfrentamos a la cuestión de qué necesitábamos realmente para ser felices”, explica Louis Miura, de 29 años de edad, que llegó a Omori-cho procedente de Tokio en 2011, para trabajar en una innovadora empresa de la localidad. “En Omori-cho encontré lo que estaba buscando: un estilo de vida que no estaba basado en el dinero”.

Fue un descubrimiento inesperado. Louis, que es titular de un diploma de Estudios Internacionales de la Universidad de Tokio y había vivido en el extranjero, sopesaba por entonces la posibilidad de emprender una carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero en ese momento conoció a su mentor: Daikichi Matsuba, fundador y presidente del Iwami-Ginzan Lifestyle Research Centre, una empresa con sede en Omori-cho que usa los recursos tradicionales para restaurar viviendas y producir ropa, alimentos y otras mercancías.

Louis afirma que cuando escuchó un discurso que Daikichi pronunció en la universidad, “me convenció su apasionado compromiso de revitalizar su comunidad”. Y resultó que el joven tenía exactamente las competencias adecuadas para contribuir a ese empeño, capacidades que había adquirido cuando era alumno de la Escuela Steiner en Sudáfrica. “Aprendí agricultura orgánica y gestión de la ganadería como parte de los planes de estudio. Me gustó mucho el contacto con la naturaleza durante ese periodo. Ahora, disfruto con la pesca del pulpo en el mar, en mis días libres”. También disfruta del contacto social con los nuevos amigos que ha hecho. “Cuando vivía en un pequeño apartamento en Tokio, apenas conocía a los vecinos del piso de al lado. En Omori-cho, incluso los extranjeros te saludan”. Durante la semana, Louis se ocupa de las relaciones públicas de la empresa de Daikichi.

El patrón de Louis, Daikichi, es oriundo de Omori-cho, donde sus padres tenían una tienda de tejidos, pero dejó la aldea para ir a la universidad en Nagoya. Él y su mujer, Tomi, que cosía en casa para complementar el presupuesto familiar, se convirtieron en pioneros de la sostenibilidad



Louis Miura ©Gungendo

cuando hace 35 años decidieron abandonar la vida “estancada” que llevaban en la gran ciudad y regresar a la aldea natal de Daikichi, en compañía de su pequeña hija.

“La aldea se hallaba entonces en el punto más bajo de su historia”, recuerda Tomi. “La mayoría de las casas estaban abandonadas”. No había oportunidades de trabajo y ni siquiera la familia de Daikichi lo alentó a quedarse. “Pero teníamos la corazonada de que algún día la vida rural sería estimada y soñábamos con usar los artículos de desecho para fabricar productos originales, que transmitieran el calor de las manos. De modo que empezamos a fabricar piezas pequeñas con retales, hechos de trozos de tela de desecho”. Sus artesanías alcanzaron un gran éxito en una exposición de artículos de regalo que tuvo lugar en Tokio. “Nuestros productos transmitían los valores espirituales que habíamos heredado de nuestros antepasados. Y sedujeron a la gente de la ciudad”.

Los Matsuba rechazaron ofertas de grandes empresas y, a pesar de su falta de experiencia, pidieron prestado algún dinero y crearon su propio negocio, en la propia aldea de Omori-cho. En la actualidad, sus productos se venden bajo la marca Gungendo en más de 25 tiendas del Japón, así como por conducto de Internet. La plantilla de personal ha pasado de dos empleados –Daikichi y Tomi- a 150, de los cuales 50 trabajan en Omori-cho.

Incluso con precios que reflejan el alto costo de los materiales obtenidos localmente, la línea de productos de tejidos, ropa y otros artículos de la marca Gungendo ha mantenido su competitividad. “Creo que la actitud de los jóvenes japoneses ha cambiado desde 2011”, afirma Tomi.



Gungendo Shop ©Gungendo



Tomi Matsuba ©Gungendo

“Tras presenciar cómo algunas personas lo perdían todo, se replantearon la pregunta ‘¿qué necesito para vivir?’ y se volvieron más sensibles al verdadero valor de la felicidad. Pasaron de tratar de comprarlo todo al menor precio posible, a adquirir bienes enriquecidos por la tradición, que

podían añadir riqueza cultural a sus vidas. Nuestro concepto satisfizo sus necesidades”.

La tarea siguiente era aplicar el mismo concepto a otros proyectos. Hasta el momento, los Matsuba han renovado siete casas antiguas en Omori-cho. La casa donde viven fue residencia de un samurái, que la hizo construir en 1789. Su estado de deterioro era tan avanzado que les llevó siete años restaurarla en el estilo del periodo Edo. *“La mayor parte de los materiales que usamos en la renovación eran escombros de una antigua escuela y de otras casas que habían sido derribadas, e incluso objetos que encontramos en la calle”*, recuerda Tomi.

La transmisión de su concepto al resto de la aldea fue también una tarea fundamental, señala Tomi. *“Para que las mujeres de la aldea redescubriesen la belleza de la naturaleza y el arte de vivir en el campo, organicé conferencias y simposios con ponentes invitados. Al principio, las mujeres de aquí se mantenían a distancia y pensaban ‘eso no es asunto nuestro’; luego, poco a poco, fue creciendo su participación. Esto refleja un cambio en la conciencia de las mujeres”*.

La inscripción de la zona de Iwami-Ginzan en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO le dio un empuje adicional, en especial al turismo. *“El paisaje ha mantenido sus características tradicionales, precisamente porque la modernización no alcanzó a la mina”*, destaca Tomi. *“Eso es un símbolo de que la felicidad y el crecimiento económico no están necesariamente interrelacionados. Ese es exactamente el mensaje que Omori-cho puede transmitir”*.

Por supuesto, cierto grado de desarrollo es necesario y deseable. Louis Miura señala que a la

aldea le vendría bien un poco más de infraestructura. *“Los turistas suelen venir en viajes de un solo día y realizan un breve recorrido en bicicleta. El alojamiento es escaso y costoso. A largo plazo, Omori-cho debería elaborar un modo sostenible de ofrecer casas de huéspedes más baratas, de manera que los turistas puedan relacionarse con la gente del lugar”*.

En la misma línea, Tomi reconoce que para seguir avanzando, es preciso que la aldea atraiga a empresas modernas y se diversifique. *“Un pueblo en blanco y negro no es atractivo, lo ideal es que sea multicolor. Esta aldea estaba antes directamente conectada con el centro del país, de modo que a lo largo de la historia pudo absorber diversos elementos y, en términos culturales, se encuentra en un nivel elevado”*.



Matsuba couple shares a dinner table with clients ©Gungendo

Otro índice positivo de desarrollo es que Omori-cho está en plena explosión demográfica: el año pasado nacieron cinco bebés y este año ya han nacido siete. De hecho, en el pasado hubo periodos en los que la escuela primaria de Omori no contaba con ningún alumno, por lo que los vecinos reunieron dinero para mantener el edificio, porque compartían la creencia de que una aldea no es sostenible si se cierra la escuela. Hoy en día, tanto Tomi, que es abuela desde hace poco, como Louis se preguntan cómo transmitir los valores de la sostenibilidad a las nuevas generaciones. *“Ahora presto especial atención a la educación de la primera infancia, empezando desde el nacimiento”*, dice Tomi, mientras que Louis señala que todos los vecinos conocen a los siete niños que asisten a la guardería y a los 19 alumnos de la escuela primaria. *“Los niños crecen arropados por toda la comunidad. Estoy seguro de que en el futuro van a adquirir una gran capacidad de comunicación. Espero que cuando sean mayores alcancen una perspectiva muy amplia, en particular, gracias a que se habrán criado en Omori-cho”*.



Omori-za @Nakamura

Sumiko Hama es otra recién llegada que está ampliando los horizontes de los vecinos del pueblo. Hama, que es violinista de la Orquesta Nacional de Francia, “sintió amor a primera vista” por Omori-cho hace varios años, cuando ella y su marido, el flautista francés Thomas Prévost, vinieron a tocar en un concierto. Los dos músicos viven ahora en la aldea cuando no se encuentran trabajando en Francia. El verano pasado, en unión del intérprete de trompa Hervé Joulain, organizaron un seminario intensivo de música para ocho estudiantes. Para el recital de fin de curso, los vecinos de la aldea se apretujaron en lo que quizá sea la sala de conciertos más pequeña del mundo, la “Omori-za”.

Esta sala había sido antes la sede de un banco y fue transformada gracias a la generosidad de otro empresario local, Toshiro Nakamura, presidente de Nakamura Brace, una empresa que fabrica prótesis y aparatos ortopédicos.

Nakamura también contribuyó a atraer a la aldea a otro recién llegado, Kosaku Hidaka, que trabajaba en una panadería de Tokio tras regresar de Alemania con una Maestría en su oficio. En octubre de este año Hidaka inauguró una auténtica panadería alemana, la Bäckerei Konditorei Hidaka, en colaboración con su esposa Naoko, que también es titular de una Maestría en repostería alemana. El hecho de ser padres de un niño de dos años y una recién nacida influyó también en su decisión de mudarse a Omori-cho, “*un contexto ideal para criar a los niños. Nuestro sueño es crear nuevos panes y dulces con ingredientes de la región*”, afirma Kosaku.

Entre otros activistas fervientes que contribuyen a la recuperación de la región de Iwami-Ginzan figura Kyosuke Inoue, productor ejecutivo de la cadena de radiodifusión NHK, que descubrió la zona de las antiguas minas de plata cuando lo trasladaron a Hiroshima, a dos horas de camino de Omori-cho. Inoue relató la transformación del lugar en una serie de televisión sobre “*el capitalismo al estilo satoyama*”, en la que describe un movimiento que se popularizó en Japón tras la crisis financiera mundial y que promueve el concepto de buscar la riqueza en el patrimonio y fundamentar la economía en nuevos valores. Inoue manifestó su entusiasmo en un artículo que escribió para la UNESCO:



The newly opened Hidaka's bakery @Nakamura

“El capitalismo al estilo de satoyama que se aplica en Iwami-Ginzan no sólo representa a un conjunto de calles antiguas, sino que también simboliza a una comunidad flexible. Sus habitantes consumen a lo largo del año un volumen ilimitado de vegetales silvestres que crecen en las montañas... Tiñen sus telas con tintes obtenidos al hervir las ramas de los árboles frutales y confeccionan ropa que refleja la belleza de la naturaleza.... su costo es insignificante. Cuando las personas mayores se jubilan y dejan de trabajar en los campos de arroz, los jóvenes acuden ‘a plantar arroz en su lugar’. En los veranos más cálidos, desyerban las parcelas de cultivo y elaboran mochi, un bizcocho que se prepara con el arroz cosechado en otoño... ¿Por qué creemos que es preciso ir a la ciudad para ser ricos?”

Contacto: Sección de Educación para el Desarrollo Sostenible

esd@unesco.org

www.unesco.org/education/esd